

# **Violencias soterradas: eje de la socialidad contemporánea.**

María Concepción Delgado Parra.

Cita:

María Concepción Delgado Parra (2007). *Violencias soterradas: eje de la socialidad contemporánea*. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1549>

**XXVI Congreso  
Asociación Latinoamericana de Sociología**

**Participante/Ponente**

Dra. Ma. Concepción Delgado Parra  
[concepcion\\_posgrado@yahoo.com.mx](mailto:concepcion_posgrado@yahoo.com.mx)

**Tema**

*Violencias soterradas: eje de la socialidad contemporánea*

**Resumen**

Habitar el presente implica desafiar el dolor que provoca el desgarramiento, la ruptura y la fragmentación del Hombre Universal y su Verdad Absoluta. Esto es violento. La comunidad tradicional levantada sobre el ideal de la seguridad, la vida plena y el reconocimiento total de los derechos, pareciera decirnos que la historia llegó a su fin al revelar que el olvido del otro se inserta en cada hueco de la vida cotidiana: el hombre se aísla, pone en juego una falsa moralidad, busca la identidad a ultranza para evadir la profunda inseguridad y el miedo; el asombro ante la existencia desapareció y con él, se nubló el respeto y la sorpresa por el otro. Lo anterior, se refiere a una violencia construida desde la Ley de la hegemonía. No obstante, en ese mismo lugar no-lugar, emergen otras violencias, las violencias soterradas en torno a las cuales se organiza la existencia. Violencias devenidas en creadoras a fuerza de resistir. Origen de aquello que no tiene origen y que articula hoy nuevas formas de socialización en el mismo espacio donde se muestra la violencia institucionalizada. Reflexionar sobre estos modos de pertenencia es, precisamente, lo que propongo desarrollar en la ponencia.

Responsables de la mesa

|                            |
|----------------------------|
| Inés Izaguirre (Argentina) |
|----------------------------|

|   |
|---|
| David Coronado (Universidad de Guadalajara, México) |
|---|

|                   |
|-------------------|
| Emilio Dellasoppa |
|-------------------|

|                      |
|----------------------|
| René Jiménez Ornelas |
|----------------------|

**Eje temático**

4. Ética y derechos humanos, desencanto político y nuevas intersubjetividades: participación ciudadana, seguridad y communitas (valores de convivencia) en la equidad y la justicia.

**Grupos de trabajo**

Socialización y violencia

## Las violencias soterradas: eje de la socialidad contemporánea

(Ponencia)

**Dra. Ma. Concepción Delgado Parra\***

La hipoteca de la reflexión que presento a continuación se refiere a la posibilidad de repensar a las violencias soterradas como fantasmas, como espectros que arriban para articular la socialidad contemporánea. El título de esta comunicación obligaría, en primer lugar, a deconstruir el término de violencia para no correr el riesgo de identificar a las violencias soterradas con la Violencia legítima, la Única, ésa que fue definida hace ya más de un siglo por Max Weber. En virtud de tantas voces que se alzan hoy en día; de tantos sujetos políticos que suscriben una época *extraña* donde lo que se percibe es un exacerbado deseo de comunión, un placer enigmático por vivir y un apetito sublimado por *estar juntos*, tejido a manifestaciones defensivas, declaraciones llenas de resentimiento y enfrentamientos trasminados por el odio; es preciso, exorcizar el posible retorno de un poder, de una fuerza, de una potencia, considerada en sí, maléfica, cuya presencia nos seguirá asediando aquí, ahora..., *una vez y cada vez*... las violencias soterradas. Y, en segundo lugar, me atrevería a aventurar que esta comunicación nos remitiría a recuperar el juego pasional de los sentimientos, de los afectos, de los *residuos* que hoy retornan a la escena social para mostrar que el universo, ciertamente, no era coherente, y que caos y conflicto forman parte del afuera de las relaciones sociales. La vida societal, nuestra vida, más allá de sus diversas legitimaciones y racionalizaciones, es habitada por potencias soterradas y sentimientos que dan lugar a la continuidad del mundo social. En este ambiente pagano de arraigo dinámico, los espectros de la violencia soterrada entran en escena por el otro lado. Pasiones y sentimientos se tejen en una especie de fragmentaciones compartidas para poner de manifiesto que los valores universales no son más que una forma de etnocentrismo particular, generalizado. Valores de una pequeña elite del mundo extrapolándose en un

---

\* Ma. Concepción es Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Actualmente es profesora investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, colabora con el 17, Instituto de Estudios Críticos, espacio académico situado en el cruce de las sendas de la universidad, la cultura no académica y el psicoanálisis. Asimismo, participa como analista política en diferentes organizaciones no gubernamentales dedicadas a la defensa por los derechos sexuales y reproductivos y el aborto legal.

modelo válido para todos. El nombre de la Violencia legítima, lleva ya más de un siglo desbordándonos. Es un trauma enquistado que nos obliga a *descorrer el cerrojo*. Pues, como señala Derrida, el duelo va siempre después de un trauma (Derrida, 1998, 114).

Hace ya más de cien años, Durkheim sostenía que en la vida social cualquier cosa que permanecía latente durante mucho tiempo podía sobreponerse, revivir con nueva intensidad (Durkheim, 1983: 382 y ss). De la misma manera que las categorías del pensamiento no están fijadas bajo una forma definitiva: se hacen, se deshacen, se rehacen sin cesar; cambian con el lugar y el tiempo (Durkheim, 1982: 13), en el presente, nos encontramos, una vez más, frente al resurgimiento de fuerzas vitales soterradas, de potencias explosivas, fenómenos que parecen nuevos pero que remiten a una configuración antigua y se modelan de una manera particular en el mundo de lo cotidiano (Maffesoli, 2000: 11-23). La comunidad, saturada y desgastada, generó fracturas por donde emergen gestos de *violencias otras*, unas que provienen del latín clásico *violentia*, que es un sustantivo referido al verbo *violo*, que tiene su origen en el griego *vía* y que remite simplemente a la noción de fuerza vital. *Violentia* en latín y *violence* en francés tienen una connotación de vida, el instinto de vida, de sobrevivencia. Sin embargo, en qué momento adquirió el significado inverso de aquél ligado a la vida, para revestirse de agresión y ocultamiento, de destrucción y de muerte. Cómo se transformó la violencia en un mecanismo de poder político de las sociedades modernas, qué estructuras abrigaron al sistema de valores que fingen sustraerse a la violencia ocultándose tras una pretensión moral. Solamente nos llega una resonancia de potencia vital que más tarde se transformaría en la negación de la vida. La violencia hoy, es manipulada para establecer el poder político, mantenerlo y hacerlo funcionar, pero sobre todo, para someter a las personas mediante la destrucción directa o indirecta; el miedo y el terror. Actualmente, la violencia sólo se identifica con la agresión –concepto que califica al conjunto de comportamientos que tratan de infligir dolor, lesión o destrucción. La memoria olvida pronto que la violencia vivida por las personas es la violencia que proviene del poder, específicamente del Estado. De una forma que es el *más de la violencia*, la cúspide de ella, pues la produce un sistema que utiliza la razón para lesionar y destruir al hombre.

La hipoteca que presento, guarda pues, legados y alegatos de violencias que tornan y retornan mediante un gesto epifánico. Al nombrar a las violencias soterradas como el gesto epifánico que cuestiona a la comunidad universal –y para decirlo de un modo específico, a todas las formas de representación generadas por el Estado–, fundada en el principio de la antropología hobbesiana –que afirma que los hombres están unidos

por el deseo común de dañarse unos a otros para realizar su ambición de poder (Hobbes, 1998)–, propongo un giro en la reflexión de estas violencias otras, uno, en el que escapen al “(sin)sentido” de la Violencia totalitaria, manifiesta en los propios mecanismos de “coerción legítima”. Las violencias otras permanecieron enquistadas, soterradas, en el mismo sitio donde se “esculpía” el monopolio de la violencia legítima, en la comunidad universal por excelencia: el Estado moderno. Sin embargo, hoy emergen, una vez más, y se manifiestan en la huella que dejó su borradura. Impronta que “da a luz” expresiones múltiples que evidencian la saturación de la comunidad soñada que prometió erradicar las *imperfecciones* a través de la religión o la política.

Establecer la verdad desde un poder que hace uso de sus instituciones para legitimar “su” Violencia, la convierte en errónea e incierta. Pero, si la verdad no existe y es a partir de ella que se construye un mundo social estable; la duda, la incertidumbre, la desconfianza, comienzan a constituir formas de relación social impregnadas de temor a las que la gente intenta escapar. Aparecen, pues, respuestas y conductas que el “deber ser” califica de “anormales”, “anómicas” y “violentas”, por inscribirse en las márgenes del sometimiento institucional.

Las reglas morales se construyen socialmente a partir de la verdad –una verdad trastocada– acordes con un juicio justo, legal. Sin embargo, la autoridad de las leyes sólo reposa sobre el crédito que se les da. Se cree en ellas, ése es su único fundamento. Es un acto de fe, sin fundamento ontológico o racional (Derrida, 1997: 30). Hay un acto de ficción legítima, necesaria, para fundar la verdad de la justicia. Todo se organiza, idealmente, a partir de la balanza del “bien o del mal”, “lo justo o lo injusto”, “lo verdadero o lo falso”, dicotomías sustentadas en un principio que remite al pecado original, de manera que los parámetros de justicia e injusticia, en su momento instituyente, implican una fuerza realizativa<sup>1</sup>, es decir, implica siempre una fuerza interpretativa y una llamada a la creencia, pero esta vez, no en el sentido de que estaría al servicio del poder, como un instrumento dócil, servil y por tanto exterior al poder dominante, sino en el sentido de que la ley tendría una relación interna y más compleja con el poder. El momento mismo de fundación de la justicia, nunca es un momento inscrito en el tejido homogéneo de una historia, puesto que lo que hace es rasgarlo con una decisión (Derrida, 1997: 33). A partir de estos ejes se construyen las sociedades, se crean y se desarrollan estados con reglas, leyes y normas que hacen posible el monopolio de la violencia y es, a

---

<sup>1</sup> Noción que retomo de Jacques Derrida (DERRIDA, 1997: 32).

través de sus leyes, que bajo la interpretación del “deber ser” se otorga el derecho a lesionar y destruir poblaciones internas o externas.

Para someterse y aceptar la ley, hace falta un cierto número de condiciones. Es preciso recordar que el derecho es siempre una fuerza autorizada, una fuerza que se justifica o que está justificada para aplicarse, incluso, si esta justificación puede ser juzgada desde otro lugar como injusta o injustificable (Derrida, 1997: 33). No existe derecho sin fuerza. Pero, ¿cómo distinguir entre esta fuerza de ley, y la violencia que se juzga siempre injusta? ¿Qué diferencia existe entre la fuerza que puede ser justa, o en todo caso legítima, y la violencia que se juzga siempre injusta?

El discurso racional sobre la violencia encuentra ahí su límite: en sí mismo es un poder realizativo, es una fuerza interpretativa que apela a la creencia; es lo místico. Es decir, hay un silencio encerrado en la estructura del acto fundador de la violencia. Encerrado porque no es exterior al lenguaje, es lo que Montaigne y Pascal denominan “fundamento místico de la autoridad” (Montaigne, 1987: 346; Pascal: 1981), que conforma el origen de toda institución. Dado que el origen de la autoridad, la fundación o el fundamento, la posición de la ley, sólo puede, por definición, apoyarse en ella misma, esto constituye una violencia sin fundamento.

Sin duda, esta impunidad de la autoridad para hacer uso de la violencia, se traduce en conflicto y confusión en la existencia de la gente, sus pasiones y sentimientos se enfrentan al “deber ser”. Se presenta una mezcla de deseo de erradicación de la violencia, referida de manera inconsciente a las instituciones, al tiempo que emerge una fuerza vital soterrada que les permite cohabitar con el otro. Pero, ¿quién tiene el derecho de erradicar la violencia? Para ejercer la justicia, o para violarla, es preciso ser libre y responsable, en el pensamiento y en la decisión. La decisión de un ser que carece de libertad, o al menos que no es libre en uno u otro acto, no puede ser justa o injusta. Y, precisamente en este punto, es donde la autoridad-estado-institución se apropia de la decisión, esta tríada es la única libre en relación con la violencia, es su monopolio, pero, para que la decisión sea justa y responsable es necesario que en su momento, si es que existe, sea a la vez regulada y sin regla, conservadora de la ley y lo suficientemente destructiva de la ley como para poder re-inventarla. Por lo tanto, cada caso es otro, cada decisión es diferente y requiere una interpretación absolutamente única que ninguna regla existente y codificada puede garantizar en su totalidad. Pero, si la razón no es más que una forma de experiencia individual, entonces la razón desaparece. En esta confusión, en este territorio, tierra de nadie, el “deber ser” se convierte, pues, en el articulador de la justicia. Bajo este lógica,

¿tiene sentido el discurso repetido de erradicar la violencia? O, mejor, ¿la violencia institucionalizada *quiere* ser erradicada? Confusión que ha servido para poner en la misma balanza a la violencia institucionalizada y las violencias soterradas, expresada a través de las pasiones de las personas. La violencia, aunque moleste a las “almas buenas”, no es monopolio de las instituciones legítimas, forma parte del mundo de las pasiones humanas, las violencias soterradas, aseguran la constitución de la comunidad (Maffesoli, 1985: 63).

Y aquí torno, ruedo y retorno al gesto epifánico de las violencias soterradas que impele a indagar sobre cuál es esa *otra forma de estar juntos*; de comunidad, de relacionalidad. Quizás, aquella que nos permita enfrentar de manera distinta a como lo hemos hecho hasta hoy, la xenofobia, el racismo, la homofobia, la exclusión, en síntesis, la anulación del otro. Epifanía que anima la *desviación* del sentido único de la Violencia totalitaria.

En el largo transitar por las historias vividas, los grupos sociales han buscado diferentes formas para enfrentar y asumir la violencia. Del mítico fetiche protector a la constitución del Estado, las comunidades han intentado contrarrestar las fuerzas que amenazan la permanencia, la estabilidad, la certeza de la vida, pero, paradójicamente, buscan registros que les permitan reactivar el juego de la socialidad a través de la violencia ritualizada. Hay un resurgimiento de aquello que V. Pareto denominó los “residuos” (Pareto, 1968). Residuos que ponen el acento en la circulación de los afectos para explicar el fundamento de la vida en sociedad. Eso que la literatura retoma sin temor: Max Scheler, muestra cómo todos los estadios de agregación social juegan un papel primordial y cómo los fenómenos vinculados a la simpatía, a las pasiones, hacen posible la relación con la alteridad. La pasión, esa forma irreductible que preside el intercambio y la posibilidad de compartir con *lo otro*<sup>2</sup>, constitutiva de toda situación mundana. Proust, muestra cómo los sentimientos son la explicación, en última instancia, de las escenas cotidianas que él observa. En todos los casos, la pasión es la mayor preocupación de sus protagonistas y el eje de la trama. En ambos ejemplos, emerge la existencia de un mundo pasional que, a menudo, ha dominado las relaciones sociales, un mundo que sobrepasa el orden rígido de la razón. Retomando las palabras de Octavio Paz, asistimos a la inevitable revuelta de los tiempos, a la súbita inmersión de lo informe (Paz, 1996).

Los valores inscritos en el “deber ser” que habían dejado fuera el juego pasional de los sentimientos están obligados a ver su retorno en la escena social. Estamos frente a un

---

<sup>2</sup> *Lo otro* no sólo se refiere a la alteridad, sino que la contiene y rebasa, se inscribe también en el espacio de la socialidad.

consenso social paradójico que rebasa a la episteme occidental al remitir a estructuras diferenciadas, tensionales, que la comunidad establece como naturales. Edgar Morin, describe esta complejidad como una estructura pagana de correspondencias y analogías, perversión polimorfa observada como elemento natural donde los dioses en sus múltiples formas encantan y se encantan de una manera continua (Morin, 1995).

La emergencia de la violencia cotidiana obliga a recordar, empíricamente, aquello que las buenas costumbres han olvidado, con ese gusto suyo por sobreponerse a lo viejo, que los hombres están sujetos a crisis miméticas, como señala René Girard, donde cada uno imita al otro en su deseo y, al desear el deseo del otro, transforma este mecanismo en una relación de rivalidad, enfrentamiento y competitividad.<sup>3</sup> Sin embargo, fingir que uno se sustrae a la violencia con sólo rechazar su existencia cotidiana, supone una renuncia oculta tras una pretensión moral. Es suponer que con la erradicación del “mal”, la tranquilidad reinará en nuestras sociedades. Entre quienes capitalizan la violencia redoblando su intensidad al intentar frenarla y detenerla, y quienes recuperan su sentido pasional, de fuerza vital, para reconstituir la socialidad, se observa una profunda diferencia: unos la acumulan para someter y otros se esfuerzan por operar una conversión de la energía propagada a través del ritual que dé paso a la cohabitación con la alteridad.

En esta disputa, la presencia de un nuevo imaginario de violencia atraviesa y refuerza las distintas formas alcanzadas hasta hoy. ¿Es pertinente afirmar que hay más violencia porque las sociedades son cada vez más violentas? Una pregunta sin sentido, obliga a una respuesta sin sentido: la violencia refuerza la violencia y por lo tanto es preciso erradicarla para ser felices. Sin embargo, los ejemplos en la historia parecen indicar lo contrario. Las reminiscencias que llegan al presente producen una profunda inquietud, miedo e incluso terror. Imposible olvidar que América Latina está conformada por diversos Estados-nación que intentaron imponer la lógica nacionalista a costa de sus poblaciones indígenas, es indudable que convivir con poblaciones indígenas atisba un problema político dentro de esta lógica de lo *Uno* para explicar la presencia de esos pueblos que le dan identidad, pero que no le pertenecen, que no están o que le sobran. Estados donde la máquina de destrucción de los indios de la que habla Clastres –máquina que funciona donde todavía subsisten–, no dejó sino la huella asediada por la presencia

---

<sup>3</sup> René Girard define las crisis miméticas o mimetismo como aquellas en las que los hombres se imitan en su deseo y por consecuencia desean el deseo del otro. De esta manera el deseo se convierte en la fuente de rivalidad y competitividad. Girard, señala que nuestras sociedades son las únicas que aceptan el desencadenamiento de este fenómeno como una forma de existencia. Incluso, afirma que este tipo de violencia se encuentra en el origen de toda nuestra creatividad. (GIRARD, 2002: 43).



de poblaciones arrasadas o sometidas. Sin embargo, a pesar de la destrucción sistemática de sus modos de vida, de pensamiento y espíritu, son pueblos que escapan a la simbolización y que exceden a la representación que se hace de ellos; son portadores de una alteridad que escapa sin cesar a lo mismo, a lo idéntico y, nos remiten, continuamente, a la emergencia de violencias soterradas que se niegan a ser domesticadas.

La enorme carga de violencias soterradas que intentan escapar de la mirada del poder, no son sólo un reflejo o exacerbación de la violencia reinante, sino también una nueva forma de constituir la socialidad contemporánea. El amor promiscuo, los reglamentos violados, los excesos, todo esto disgusta a las buenas conciencias en su afán de organizar la vida desde lo “Uno”. Si las violencias soterradas liberan de las normas impuestas, si se burlan de sus dioses, de sus principios, entonces, es preciso erradicarlas.

En este trayecto aparece el nombre de la comunidad *por venir*, de la comunidad imposible. Contornos abiertos a la posibilidad imposible de *estar juntos*. Mi hipoteca, y éste es el préstamo, la deuda que habita mi hipótesis, es que las violencias soterradas retornan como síntoma que nos impele a indagar sobre la comunidad im-possible. Violencias soterradas que tornan con fuerza, *una y otra vez*, para poner en juego el viejo y nuevo nombre de la democracia –¿No es acaso la democracia una fuerza (*kratos*), una fuerza determinada como autoridad (*Kyrios*)? Violencias soterradas que retornan la vuelta y el giro de lo posible a lo imposible de una democracia que alterna, unas veces, garantías de libertad para decidir modos de congregación y, otras, de manera perversa, se somete al suicidio auto-inmunitario (Derrida, 2005: 47-60), negándose a sí misma, cada que se suspende en defensa de ella misma. Presencia ausente que interroga la representación de la comunidad instrumentada en función del “bien común”, de aquello que es “común para unos”, revelando síntomas del suicidio auto-inmunitario que toda forma de representación alberga. Un *serencomún* en tránsito, arrojado siempre a la búsqueda de otro por venir. Alteridad puesta en juego mediante la violencia del rostro que arriba para destruir la seguridad del “Yo”; alteridad que arroja al hombre a la errancia obligándolo a abandonar la seguridad de su morada (Maffesoli 2002, 15). “Eterno arrojado” que impide instaurar el descanso; viaje desgarrador en el que las heridas se mantienen abiertas; presentación desnuda de la perversión prometeica de la representación; exilio interminable que marca el carácter trágico de la comunidad *por venir*. En esto radica el retorno del *mal*, de la *imperfección*, de las *violencias soterradas*.

Las violencias soterradas muestran su guiño en la experiencia de la alteridad radical. En el punto de fuga donde la esfera *rota* sobre sí misma, en el lugar propio de la fuerza, de la diferencia de fuerzas (Derrida 2005, 44) se esboza el gesto epifánico de la potencia otra. En esta rotura las violencias soterradas evidencian la imperfección, empírica y teórica, del ser-común expresada en la saturación y desgaste del paradigma de la representación ilustrada de la democracia. Quizás, estas palabras inquieten a quienes pretenden salvaguardar la comunidad mediante el alegato de la certidumbre y la seguridad. Sin embargo, ¿no es la alteridad una puesta en escena de la confrontación más radical, de la violencia mortal, cuando su existencia depende de la destrucción de la *ipseidad*, de la *mismisidad*, de la fractura del *Yo*? Curiosa imperfección de la alteridad que hace uso de las violencias soterradas para hacer de la tolerancia que toda democracia demanda, una hospitalidad sin cortapisas, abierta de antemano a cualquiera que no sea esperado ni esté invitado, una hospitalidad que no admite ninguna inmunidad contra el otro (Borradori 2003). Y es, precisamente, en la exposición a lo abierto, que ocurre el acontecimiento de la comunidad –y ésta es la hipótesis que continúa rondando mi planteamiento–, en el hueco que se abre en la diferencia entre lo *Mismo* y lo *otro*, no es lo Mismo y lo otro, ni lo Mismo o lo otro, sino el *entre* que los une a la vez que los separa. Es el vacío que flota. El límite siempre tenue, frágil y poroso, borrado en el mismo instante en el que se dibuja. Consumando la primera violencia que significa el nombrar, diré que el *entre* es, precisamente, el *gesto epifánico de las violencias soterradas*, es la *juntura* que une y, a la vez, separa al *yo* con el *otro* –la Violencia legítima con las violencias soterradas– el *entre* como el lugar del acontecimiento de la comunidad im-posible “materializado” en la figura de la democracia *por venir*. Al tiempo que los terribles errores de cálculo de la Historia, muestran sobre un telón de fondo de desastre la ruina de la comunidad; su saturación, las violencias soterradas abren la cuestión de la democracia por venir desde un lugar otro, el de la alteridad radical, el de la comunidad im-posible. Violencias soterradas manifiestas en el “eterno arrojo” que no permiten encontrar el hogar en ningún sitio y que, al igual que Zaratustra, hacen del hombre un nómada en todas las ciudades y una despedida en todas las puertas (Nietzsche 1972, 184).

## Bibliografía citada

- Borradori, Giovanna. 2003. *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Habermas y Derrida*, Madrid: Taurus.
- Durkheim, Émile. 1983. *El suicidio*, UNAM: México.
- \_\_\_\_\_. 1982. *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid: Akal.
- Derrida, Jacques. 2005. *Canallas*, Madrid: Trotta.
- \_\_\_\_\_. 1998. *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Valladolid: Trotta.
- \_\_\_\_\_. 1997. *Fuerza de ley. El "fundamento místico de la autoridad"*, Barcelona: Tecnos.
- Girard, René. 2002. « La violence est à l'origine de tout », París: *Le Figaro Magazine*.
- Hobbes, Thomas. 1998. *Leviatán*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Maffesoli, Michel. 2002. *La transfiguration du politique (la tribalisation du monde posmoderne)*, París: La Table Ronde.
- \_\_\_\_\_. 2002. *La part du diable*, Manchecourt: Champs Flammarion.
- \_\_\_\_\_. 1985. *L'ombre de Dionysos, Librairie des Méridiens*, París: Klincksieck et Cie.
- Montaigne, Michel de. 1987. *Ensayos III*, Madrid: Cátedra.
- Morin, Edgar. 1995. *Mis demonios*, Barcelona: Kairós.
- Nietzsche, Friedrich. 1972. *Así habló Zarathustra*, Madrid: Alianza.
- Pareto, Vilfredo. 1968. *Traité de sociologie general*, Genève: Droz.
- Pascal, Blaise. 1981. *Pensamientos*. Madrid: Alianza.
- Paz, Octavio. 1996. *El laberinto de la soledad. (El peregrino en su patria. Historia y política de México)*, México: Fondo de Cultura Económica.